

época diciendo que era una monarquía absoluta moderada por las canciones¹.

La colección Clairambault-Maurepas es una de las más considerables y de las más típicas entre estos cancioneros históricos del siglo XVIII, que constituyen hoy una mina inapreciable de datos e indicaciones. Maurepas era hijo de Pontchartrain. El mismo se ponía en coplas á fin de dirigir bien los golpes.

Era de parecer que, cuando uno se pega á sí mismo, se hace menos daño. El primer ministro, cardenal Fleury, le encargaba algunas canciones, que eran en aquella época uno de los instrumentos ocultos del poder. Metieron en la Bastilla al abate Bucelle que molestaba al gobierno, y el pueblo empezó á murmurar. El ministro no halló nada mejor que rogar á Maurepas que hiciese una canción acerca del preso para divertir á París, jugando con el nombre.

Maurepas cumplió el encargo, el pueblo se divirtió y no volvió á pensar en ello. La canción era un arma defensiva. Maurepas la manejaba con destreza y crueldad. Puso en coplas despiadadamente á la duquesa de Chateauroux, é hizo, acerca de la Pompadour, un cuarteto tan terrible, que ésta se enfureció, y, queriendo castigar al autor, le hizo buscar. Sospechando que era Desforges, fué éste encerrado en una jaula de hierro en el Mont-Saint-Michel. Maurepas fué denunciado y se marhó á sus tierras. Desde allí lanzó numerosas canciones y llenó su famosa colección con sus coplas indiscretas, maliciosas, y á veces groseras á las que unió las de La Grange-Chancel, de Voltaire, del Gran Prior de Vendôme, de la duquesa de Borbón, hija de Luis XIV y de la Sra. de Montespán, de la que decía una canción popular que ponía en coplas á todo el mundo.

También había algunas del mismo Regente. Pero todas eran anónimas, y las siguientes palabras del Marqués de Marigny á Maurepas darán idea del peligro que ofrecía semejante colección:

— Os he dado, caballero, mi palabra de honor, y os la reitero por escrito, de que nadie, fuera de mí, leerá los manuscritos que habéis tenido la bondad de confiarme. Se hallan encerrados en un cajón bajo llave y yo mismo me encierro cuando los leo.

Allí se encuentra toda la historia de nuestro país contada con buen humor, ingenio y malicia. Con motivo de la muerte de Luis XIV á quien todos detestaban se escriben burlas feroces acerca de la autopsia

On ne lui trouva pas d'entraille,

Son cœur était en pierre de taille².

1. También se cultivó mucho por la misma época esta clase de sátira en España donde era peligroso meterse en dibujos con la autoridad. Véase á este propósito la interesante obra *Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII* por el marqués de Valmar. (N. del T.)

2. No se le halló la entraña más pequeña;
Sí un corazón de piedra herroqueña.

CAPÍTULO II

LOS POETAS

POESÍA SATÍRICA. — Los Cancionistas históricos. — La Colección Clairambault-Maurepas.

EL LIRISMO. — J.-B. Rousseau. — Lamotte-Houdard. — Louis Racine. — El abate de l'Attaignant. — Gresset. — Le Franc de Pompignan. — Gentil Bernard. — Saint-Lambert. — Desmahis. — Ecouchard Lebrun. — Malfilâtre. — Colardeau. — La Mierre. — Dorat. — Chevalier de Boufflers.

El Caveau. — Su historia.

El abate Delille. — Un juicio revisable.

Roucher. — Silvano Maréchal. — Francisco de Neufchâteau. — Gilbert. — Bertin. — Cubières. — Parny.

Florian. — Su vida. — Su teatro. — Sus novelas. — Sus fábulas. — Florian deslorianizado.

Fontanes. — Andrieux.

Demoustier. — *Cartas á Emilia.*

Rouget de l'Isle.

André Chénier. — Caracteres de su genio.

Gabriel Legouvé. — *El mérito de las mujeres.* — Su teatro. — Berchoux y la *Gastronomía.* — Esmenard y la *Navegación.* — Chénedollé. — Baour Lormian. — Millevoye. — Conclusión.

La poesía del siglo XVIII no nos dará mucho que hacer.

En esta época sólo podía ser verdadera y vibrante la poesía popular, la poesía satírica. Todo lo demás se reduce á un vano entretenimiento. Ahora bien, la poesía popular, en aquella época, no formaba aún parte de la literatura; tenía que esperar para ello la benéfica influencia del romanticismo. En cuanto á la poesía satírica, hallábase prohibida, acosada, perseguida, castigada y reducida á ocultarse.

Con frecuencia vale la pena de correr en su busca. Encuéntrasela en ciertas colecciones manuscritas, sólidamente encuadradas en tafílete rojo con las armas de algún gran señor de antaño. Tales son las colecciones de Clairambault, de Maurepas, de Montbarrey, de Caylus, ó las Memorias secretas de Bachaumont, de Pidanzat de Mairobert, de Métra, etc.

Scribe, decía:

— En Francia, en tiempo de nuestros reyes, la canción fué largo tiempo la única oposición posible. Se definía el gobierno de aquella

Allí hay que oír el eco de los gritos de desahogo del pueblo. En la misa de Saint-Paul-Saint-Luis, donde fué depositado el corazón, hubo seis personas. A lo largo del camino de Saint-Denis, los aldeanos cantaban alegremente delante de los ventorrillos, mientras pasaba el real cortejo fúnebre.

Enfin Louis le Grand est mort¹.

El Regente heredó las simpatías populares que se apartaban de los bastardos legitimados. El testamento real fué anulado por el Parlamento, orgulloso de dar señales de vida. Se abominó del pasado, y el porvenir apareció risueño. Ponchartrain, Letellier y Bissy desterrados. Felipe de Orleans, regente, fué ensalzado por las coplas populares, que no habían de tardar en decir lo contrario, pero que no dejan de ser el eco del sentimiento público.

La crónica menuda parisiense también figura extensamente en dicha colección, como la aventura de la Srta. Quoniam que hizo robar y deportar á su marido al Misisipí para entregarse con más libertad al Regente; también figuran los atrevidos estribillos de las cenas galantes, los *Mirlitons*², y la historia del duque de Richelieu que, habiendo dado cita en su pabelloncito del faubourg Saint-Antoine á la Sra. de Sabran, encontró allí también á la Sra. de Guébriant; también se leen en dicha colección las crónicas de los bailes de la Ópera á que asistían las damas, con un traje ligero « que pesaba doce onzas » así como el caso de la Sra. Parabère que hacía comprar por su marido unas joyas, regalo del Regente en recompensa de sus bondades, la barca de Asnières, que tomó el Regente estando borracho; el barquero, que no le conocía, le dijo « Este demonio de barca va como la Regencia, patas arriba. »

Allí había terribles coplas contra todas las damas de la corte, contra la desvergonzada duquesa de Berry, contra el enérgico Saint-Simon de quien decían sus enemigos que « su cara parecía una tortilla con dos ascuas dentro. »

En estas coplas en que aldeanos y soldados expresan lo que piensan en su jerga y se muestran ya más duros con aquel regente borracho « pequeño, gordo y colorado », según decía su madre, que se reía de sus desórdenes y agregaba:

Las hadas fueron convidadas á mi alumbramiento y como cada una le dió una habilidad, las reunió todas; desgraciadamente, olvidaron á una que llegó la última y dijo: « Tendrá todas las habilidades, excepto la de saber emplearlas. »

1. Al fin murió Luis el Grande!

2. Especie de aleluyas que cantaba el vulgo.

(N. del T.)

Allí figura la vergonzosa muerte del Regente en casa de la Phalaris, el perro que se llevó el corazón durante la autopsia, y toda la serie de las galanterías de Luis XV en que la afición al placer se complica y afea con las ambiciones políticas y los intereses materiales.

Al mismo tiempo que las *memorias*, había que citar á los cancioneros que son, durante aquel siglo entero los complementos útiles y los documentos tal vez más sinceros de la historia; puesto que sólo estaban destinados á los confidentes, afiliados y amigos, unidos por la prudencia, la malicia, la connivencia de la serenidad y la complicidad de la venganza.

En cuanto á la poesía permitida ó tolerada, poco era lo que se permitía decir, sentir y pensar, á los poetas. Había una aduana para el lirismo, que estaba enjaulado. Así pues, aquellos rimadores hicieron gala de una inspiración facticia y de encargo, difundiendo por los salones ó academias las mismas gracias rimadas que carecían de audacia y novedad.

El Parnaso se convirtió en una pantalla de chimenea, los rayos de Apolo eran las luces de las arañas que iluminaban en los cuadros de los tapices, á diosas anémicas y amores demasiado sonrosados. Los coros de las musas bailaban sabios minués y ponían en acción la *caza* con los celos, bajo la dirección de Cajon, de Mignard, ó de Watrin, con música de Exaudet.

Abramos de par en par las puertas del templo de Polimnia, cuya entrada guardan lacayos de calzón corto y peluca blanca. El grupo de los poetas parece un desfile de visitas en casa de la marquesa en su día de recepción.

En cuanto á distribuirlos por géneros, sería vano el intento, porque todos tienen cierto aire de uniformidad y todos presentan la misma inspiración por más variadas que sean las apariencias y aunque su poesía se llame didáctica ó lírica. Son siempre las mismas ñoñerías y confites literarios para marquesas ansiosas de reputación, las mismas páginas prudentes y mesuradas, en que la rima sigue á paso lento la pesadez de la idea, como un perro á su ciego; los mismos atrevimientos adornados con rosas y alegorías, los madrigales con guirnaldas, las sátiras pérfidas, los epigramas sosos y las epístolas de musa pedestre.

La clasificación sería tan artificial, convencional y didáctica, que no la intentaremos, contentándonos con seguir el orden cronológico único á que podemos atender en este desfile de poetas monocordes con encajes.

Dedicaremos una simple mención á Longepierre (1659-1741) escolar prodigio, rimador precoz, premiado en los concursos y que llegó á ser

por un momento la esperanza de nuestra poesía; pero llegaron las pensiones y no el talento, y Longepierre hizo toda su vida versos sin ser poeta. Como tenía escasa invención y era discípulo ferviente de los antiguos, emprendió la tarea de traducir en verso francés á los poetas griegos. Este trabajo la valió el preceptorado del conde de Tolosa, y un epigrama de J. B. Rousseau.

Longepierre, le translateur
De l'antiquité zéléateur
Imite les premiers fidèles,
Qui combattaient jusqu'au trépas
Pour les vérités immortelles
Qu'eux-mêmes ne comprenaient pas¹.

Longepierre no tuvo que arrepentirse ni del preceptorado ni de haber sido objeto del epigrama. Gracias al primero llegó á la fortuna, y gracias al segundo se libró de caer por completo en el olvido.

J. B. Rousseau (1671-1741), hijo de un zapatero de París, — lo cual explica el sentido bastante grosero de la sátira que escribieron contra él, la *Crispiniada*, — tuvo principios felices. Llegó un momento en que fué el gran poeta de Francia, y los salones se lo disputaban. Agradó á unos por sus odas religiosas y á otros por sus epigramas. Pero á los treinta años, á consecuencia de unas coplas satíricas tontamente olvidadas en el café de la viuda Laurent, se acarrió enemigos mortales. Para defenderse, con razón ó sin ella, acusó á Saurin de ser autor de los versos que le echaban en cara. Saurin, personaje de campanillas, académico ilustre, se disculpó con facilidad; y Rousseau, odiado de todos, y condenado por el Parlamento, huyó al extranjero, donde llevó una vida errante y miserable hasta su muerte.

En 1738, queriendo visitar de nuevo á Francia se aventuró á volver á París con nombre supuesto; pero se halló aquí más solo y abandonado que en el destierro. Y volvió á marcharse desesperado. ¿Es culpable Rousseau del crimen, por lo demás bastante ligero, que se le imputa?

1. Longepierre (a), traductor celoso
De los poetas profanos,
Á los primeros cristianos
Imitaba cuidadoso.
Ellos luchando llegaban
De la muerte á los umbrales
Por verdades inmortales
Que penetrar no lograban.

(a) Pronúnciese Longpierr.

Seguimos ignorándolo. Lo que hay de cierto es que negó hasta el fin y murió protestando de su inocencia. Pero hay en su vida rasgos bastante bajos que por lo menos autorizan la duda. En 1696, en la primera representación del *Flatteur*, su mayor éxito en el teatro, parece que renegó de su padre y fingió no reconocerle. En el café Laurent de la calle Dauphine, donde se reunían algunos concurrentes asiduos del Temple, grandes señores disolutos y autores ligeros, se hizo insoportable á los más conciliadores por su envidia huraña é insoportable.

Su lectura inspira la misma desconfianza y vacila uno en creer en su sinceridad. Compone y publica al mismo tiempo odas sacadas de los salmos y versos desvergonzados. Sin embargo el todo revela talento.

J. B. Rousseau conoció admirablemente su oficio de poeta, demostrando gran habilidad, nitidez y cadencia:

Sur un rocher désert, l'effroi de la nature,
Dont l'aride sommet semble toucher les cieux,
Circé, pâle, interdite et la mort dans les yeux,
Pleurait sa funeste aventure.
Là, ses yeux errants sur les flots,
D'Ulysse fugitif semblaient suivre la trace.
Elle croit voir encor son volage héros;
Et, cette illusion consolant sa disgrâce¹.

Las rimas son ricas, las estrofas tienen armonía y las metáforas son hermosas; pero falta algo de fuego. Dos veces tal vez, sólo dos veces, tuvieron sus versos un acento de sinceridad que conmueve, en una oda al conde de Luc, su protector durante el destierro, y en la que empieza del modo siguiente:

J'ai vu mes tristes journées
Décliner vers leur penchant;
Au midi de mes années
Je touchais à mon couchant.
La mort, déployant ses ailes,
Couvrait d'ombres éternelles
La clarté dont je jouis.
Et dans cette nuit funeste
Je cherchais en vain le reste
De mes jours évanouis².

1. Sobre desierta roca espanto de natura
Cuyo picacho el cielo parece coronar,
Nuda y pálida Circe llora su desventura
Y en sus ojos la muerte parece fulgar.
Del mar sobre las olas vaga su vista errante
Que á Ulises fugitivo parece perseguir:
Cree ver á lo lejos á su voluble amante
Y esta ilusión parece sus penas adormir.

2. Mis tristes días he visto
Declinar hacia su ocaso;

Sólo dejó el recuerdo de un lirismo frío y acompasado con un desorden demasiado artístico para que pudiesen animar el fuego y la espontaneidad aquellas páginas demasiado mesuradas.

No tenía ningún parentesco con J. J. Rousseau.

Uno de los poetas a quienes creó disgustos con sus manejos, fué Lamotte-Houdard, de quien ya hemos hablado á propósito de la Sra. Dacier.

Un año más joven que él, Antonio de Lamotte-Houdard (1672-1731), si no fué hijo de un zapatero, tuvo por padre á un sombrerero. Si por el nacimiento hay entre ambos la diferencia que va de la cabeza á los pies, por el talento se distinguen muy poco. Rimó óperas y la rima le fué tan rebelde que se vengó de ella calumniándola. Declaró que « la prosa puede decir más exactamente todo lo que pueden decir los versos, mientras que los versos no pueden decir todo lo que expresa la prosa ». Tuvo la originalidad de declarar la guerra á los antiguos y á los clásicos, de reducir á doce los veinticuatro cantos de la *Iliada* de Homero, de imaginar que Homero le inspiraba su antiguo genio para corregir su poema, y de disimular este desparpajo con la ingeniosa moderación con que devolvió sus injurias á la Sra. Dacier, el baluarte de la antigüedad. Hizo mal en probar sus fuerzas en el teatro, sin tratar de renovar ninguna fórmula, y en seguir el viejo carril donde yacían los restos de los procedimientos anticuados.

Si se habló algo de su *Inés de Castro*, fué á causa de una parodia que hicieron de ella en la feria. Brilló en su tiempo por su ingenio. En las reuniones nocturnas de Sceaux en casa de la duquesa de Maine, en los martes de la marquesa de Lambert, se mostraba chispeante, y le tenían en tanta estima que pasó por el mayor genio de su época. Su urbanidad perfecta, su delicado ingenio, sus picantes paradojas y su tacto contribuyeron á extender y sostener su reputación.

Sus *Fábulas* en prosa se hallan hoy olvidadas y no es de sentir. Voltaire refiere lo que ocurrió en una cena en el Temple en casa del duque de Vendôme :

« Acababan de aparecer, y todo el mundo hacía afectación de hablar

Y joven aún, no disto
De la muerte más que un paso.
Ésta sus alas tendiendo,
Va con sus sombras cubriendo
La claridad que gocé.
Y en esta noche funesta
Busco en vano lo que resta,
Del tiempo que malogré.

mal de ellas. Estaban presentes el abate de Chaulieu, el obispo de Luçon, hijo del famoso Bussy-Rabutin, un antiguo amigo de Chapelle, lleno de ingenio y de buen gusto, el abate Courtin y otros muchos excelentes jueces que se divertían á costa de Lamotte á quien no profesaban gran simpatía.

El Sr. de Vendôme y el caballero de Bouillon exageraban más si cabe las censuras; al pobre fabulista no le dejaban hueso sano.

— « Señores, tienen Uds. todos razón, les dijo Voltaire. Juzgan Uds. con conocimiento de causa; Qué diferencia entre el estilo de Lamotte y el de La Fontaine! ¿ Han leído Uds. la última edición de las fábulas de La Fontaine? — No, dijeron. — ¡ Cómo! ¿ no conocen Uds. la hermosa fábula que se ha encontrado en los papeles de la duquesa de Bouillon?

Les recitó la fábula y la encontraron deliciosa.

— ¡ Eso es de La Fontaine! decían; ésa es la naturaleza; ¡ qué candidez, qué gracia! — Señores, les dije, la fábula es de Lamotte.

Entonces me la hicieron repetir y la encontraron detestable. »

La segunda opinión era la mejor.

Lamotte poseía un carácter exquisito. Era bueno, amable y complaciente. Sin embargo, no creyó deber llevar la complacencia hasta cargar con la responsabilidad de las coplas satíricas de J. B. Rousseau, de que éste quería desembarazarse para librarse de odios y resentimientos. Desechó su paternidad, y no insistieron en atribuírsela.

Sucedió á Tomás Corneille en la Academia francesa en 1710.

Hombre de carácter sociable, de excelentes maneras y de ingenio distinguido, merece por su aticismo que no se le eche en olvido.

Existe una frase suya que le pinta de cuerpo entero. Estaba ciego. En medio de una bulla tropezó con un joven que se volvió y le dió un bofetón. Lamotte le dijo con tono apacible.

— ¡ Joven! va Ud. á arrepentirse vivamente de lo que acaba de hacer; ¡ soy ciego!

El joven cernícalo quedó avergonzado y sin saber que actitud adoptar, en vista de tan conmovedora dulzura.

Lamotte tenía una memoria prodigiosa.

Cierto autor le leía un día una tragedia.

Después de haberle escuchado con mucha atención, Lamotte dijo al autor :

— Vuestra pieza es hermosa y me atrevo á responder de antemano del éxito. Sólo una cosa me contraría, y es que incurre Ud. en el plagio; la prueba es que puedo citarle la segunda escena del cuarto acto.

El joven hacía lo posible por disculparse.

— Yo no hablo de ligero, añadió Lamotte, y estoy dispuesto á probar lo que digo; voy á recitarle á Ud. esta misma escena que en otro tiempo me complacé en aprender de memoria.

Y en efecto la recitó por completo, sin vacilación y con el mismo brío que si hubiera sido suya.

Todos los que asistían á la lectura se miraban sin saber qué pensar acerca de tan curioso incidente.

El autor estaba completamente desconcertado.

Después de haber gozado algún tiempo con su embarazo le dijo Lamotte :

— Caballero, la escena en cuestión es suya, lo mismo que todo lo demás ; pero me ha parecido tan hermosa y tan conmovedora, que no he podido menos de conservarla en la memoria.

No puede darse nada más encantador.

Sobrepújole en dulzura el inefable Luis Racine, á quien precede por orden de fecha J. B. Willart de Grécourt (1684-1743) hijo libertino de una directora de postas, canónigo á los trece años, amigo deplorable de d'Estrées y de d'Aiguillon y asiduo comensal del castillo de Veret al que llamaba el paraíso : era más bien el purgatorio, porque las musas escotadas en nada se parecen á los ángeles. Todas sus obras, cuentos, fábulas, epístolas y canciones, son atrevidos, licenciosos, llevan el sello de las costumbres de la época, y son por lo tanto muy poco recomendables. Es completamente lo contrario de su contemporáneo el hijo de Racine (1692-1763).

« Es preciso que seáis muy atrevido para hacer versos llevando el nombre que lleváis » decía Boileau á Luis Racine ; y añadía : « No se ha visto todavía ningún gran poeta hijo de ningún poeta », pero Luis Racine no le hacía caso. Desde el colegio había mostrado su vocación poética y persistía en ella. Sus obras dieron la razón á Boileau. Sólo fué un poeta de segundo orden, lo cual le estaba permitido á cualquier otro excepto á él. Su primer libro, *La Gracia*, es una disertación rimada sobre el jansenismo ; su poema de la *Religión*, una refutación en verso de los ateos y de los incrédulos. Por algún tiempo tuvo el mayor éxito, pero esta momentánea celebridad le hizo comprender mejor cuánto le pesaba la herencia de su padre.

En 1756, el Delfín, la Delfina, Madama, y sus hermanas, Victoria, Sofía y Luisa, tuvieron el capricho de reconstituir en Saint-Cyr la primera representación de *Ester* tal como había tenido lugar en 1689, y pidieron á Luis Racine que se encargase del papel que había desempeñado su padre, el cual había vigilado los ensayos, dirigido el trabajo, servido de director de escena y semanero, consolado á las que se des-

peraban y alentado los esfuerzos de todas¹. El hijo, que ya tenía 64 años, tuvo la debilidad de aceptar; rimó el prólogo, y dirigió el trabajo en la escena y entre bastidores; fué una cosa lamentable y las princesas bostezaban á más no poder.

La muerte de un hijo adorado acabó de ensombrecer su vida. Renunció á la literatura, y luego al mundo y se retiró á una casita del faubourg Saint-Denis la cual convirtió en ermita. Delille iba á visitarle. Sólo había conservado de su biblioteca algunos libros de piedad y cultivaba flores en un huertecillo. Allí murió desengañado de sus sueños, y casi ignorado. Se había hecho retratar teniendo en la mano el volumen de Fedra, con la vista fija en el siguiente verso :

Et, moi, fils inconnu d'un si glorieux père².

Luis Racine pasó del mundo á la religión; Gresset hizo lo contrario. Pero antes de hablar de él, insertaremos aquí, en su lugar cronológico el medallón de uno de sus contemporáneos que perteneció también á la religión.

¿ Quién no ha cantado ú oído cantar :

J'ai du bon tabac

Dans ma tabatière³.

Esta copla tan popular y tan famosa, fué obra de un singular abate, alto y fuerte, de frente deprimida, de nariz enorme, de redondos carrillos, llamado el abate de l'Atteignant (1697-1777). Era un vividor, bebedor, cantor, canónigo y galanteador que hacía coplas y se burlaba de las muchachas; que azotaba y molestaba con sus versos y á veces recibía palizas, ordenadas por muy grandes señores á quienes había irritado.

Perteneció á todos los círculos alegres, á todas las sociedades báquicas y tomó parte en todas las cenas y diversiones. Hizo una ópera cómica, *el Ruiseñor*. Sus *Poesías*, y *Canciones* no han sobrevivido á pesar de la solicitud de Millevoye, que publicó una colección escogida en 1810 en uno de sus raros días de buen humor. Pero el genio había dicho á l'Atteignant :

1. La Librería Ollendorff, en su biblioteca para señoritas, ha publicado en castellano la preciosa novela *Recuerdos de una educanda de Saint-Cyr*, en que se traza un cuadro animado y brillante de aquellas famosas representaciones debidas á la iniciativa de Mad. de Maintenon. (N. del T.)

2. Y yo, ignorado hijo de un padre tan glorioso.

3. Tengo buen tabaco
En mi tabaquera.

J'ai du bon tabac
Dans ma tabatière.

Volvamos á Gresset (1707-1777).

En 1733 circuló por los salones de París un lindo cuento que se llamaba *Vert-Vert*, y que era obra, según decían, de un novicio de los jesuitas de Tours.

La historia es bastante divertida. Las visitandinas de Nevers tenían un papagayo amaestrado al que llamaban *Vert-Vert* y que constituía su gloria. Este piadoso pájaro sabía responder *ora pro nobis* en las letanías, y cuando alguna religiosa pasaba á su lado, la saludaba con un « Ave, hermana mía ». Queriendo conocerle las religiosas de otro convento, metieronle en una jaula y le embarcaron en un barco que bajaba por el Loira; pero durante el trayecto, *Vert-Vert* había aprendido de los marineros un nuevo repertorio y, cuando llegó á su destino, en lugar de las palabras edificantes que de él esperaban, dejó estupefactas á las buenas hermanas con una retahíla de palabrotas. Este cuento gustó extraordinariamente. No tenía gran valor, pero estaba muy bien escrito. Algunos rasgos se distinguían por su delicadeza cómica, y los versos eran ligeros y fáciles.

Quand il avait débité sa science
Serrant le bec et parlant en cadence,
Il s'inclinait d'un air sanctifié
Et laissait là son monde édifié¹.

El éxito excedió al mérito de la obra. Juan Bautista Rousseau escribía: « Creo que todos mis compañeros y yo deberíamos renunciar al oficio de poetas después de la aparición de un fenómeno tan sorprendente ».

Esta gloria inesperada se le subió á la cabeza á nuestro novicio que se llamaba Gresset. Hizo y publicó otros versos, *el Facistol viviente* y *la Cartuja* pero se había hecho profesor y se deslizaba ya en sus versos algo de filosofía; así es que el éxito fué menor. Habiendo recibido una reprimenda de sus superiores, se salió bruscamente de los Jesuitas, se vino á París, y se casó.

Á partir de aquel momento, desapareció la primera manera de Gresset, dejó de poseer el secreto de las historietas de convento, ligeras é ingeniosas de que había dado el modelo y quedó confundido con los

1. Una vez que mostrado había su ciencia,
Con el pico apretado y en cadencia,
Se inclinaba con aire de cuitado
Y al público dejaba edificado.

demás ingenios del día. Representaron tragedias suyas bastante medianas que fueron fracasos. No contó más que un solo éxito, su comedia, *el Perverso*.

En *el Perverso*, ataca Gresset el diletantismo de la perversidad que ha cambiado de nombre y á que se llama bellaquería.

Cleón, especie de Tartufo sin religión, egoísta y vanidoso, se complace friamente en sembrar la perturbación en la honrada familia de Geronte; siembra el odio y la división, se rebaja hasta las insinuaciones más péfidas y las cartas anónimas. Miente á todas horas y engaña á todo el mundo por amor á la intriga y por el torpe placer de torturar á la gente. La acción es poco animada; en 1747 tuvo inmenso éxito¹. Divertíanse en poner nombres á los personajes y en descubrir claves: la « malicia » que había en cada escena circulaba de boca en boca por el teatro. Una de sus víctimas fué Le Franc de Pompignan (1709-1789) autor de *Poemas sagrados* que nadie lee ya, excepto alguna hermosa estrofa, y héroe de algunas aventuras divertidas.

Por lo que hace á los *Poemas sagrados* nos contentamos con el juicio de Voltaire: « Son sagrados, porque nadie toca á ellos. » En cuanto á las anécdotas, he aquí algunas:

Poeta sin inspiración, ramplón traductor de la *Geórgicas*, tenía sin embargo muchos admiradores, pues era poderoso y rico. El marqués de Mirabeau, padre del célebre orador, no se hartaba de elogiarle, y decía: « El que no lllore con sus versos no llorará como no le den un puñetazo ».

Le Franc tomó en serio á sus panegiristas, y cuando la Academia la ofreció un sillón, se creyó de buena fe el hombre más ilustre de su época. Con motivo de su recepción, pronunció un discurso agresivo contra los filósofos, aludiendo claramente á Voltaire y á d'Alembert. Inmediatamente le fué declarada la guerra. Voltaire le respondió con la famosa carta de los *Quando*.

Quando se tiene el honor de ser recibido en una sociedad respetable de literatos, no conviene que el discurso de recepción sea una sátira contra ellos. *Quando* por casualidad es uno rico, no hay que tener la baja crueldad de reprochar á los literatos su pobreza. *Quando* no se honra á su siglo con sus obras, es una temeridad extraña el hablar mal de él. *Quando* apenas es uno literato y en modo alguno filósofo, no está bien afirmar que nuestra nación sólo posee una falsa literatura y una vana filosofía.

Le Franc se defendió en su *Memoria al Rey*. Voltaire volvió á la carga con los *Porque*.

1. Gresset introdujo en el teatro el *argot* ó jerga de los salones teatrales y de las cortesanas. En esto fué precursor de muchos autores modernos (recuerdo entre otras obras *Le Roy, Helie, Garçon d'hôtel*, etc.) que no pueden entender por completo los que desconozcan el *argot* parisiense. (N. del T.)